

A eso de las seis salió del baño, volvió á su casa y pasó al comedor acompañado de bastantes personas. Comió sentado, cumpliendo el voto que habia hecho en Farsalia de no acostarse sino para dormir.

Sus convidados aquel dia eran los amigos de costumbre y los principales magistrados de la ciudad.

Despues de la comida continuaron sirviendo los esclavos vinos diferentes. A Caton no le disgustaba un rato de conversacion mezclado con el paladeo de algunas copas. Su plática de aquella noche fué tranquila y discreta como lo eran habitualmente cuantas él presidia.

Se discutieron sucesivamente varias cuestiones filosóficas, y de unas en otras se llegó al exámen de lo que suele llamarse paradojas de los estóicos; por

ejemplo, que el hombre de bien es el único libre y que todos los malos son esclavos.

El peripatético Demetrio se pronunció naturalmente contra aquel dogma; pero entonces Caton, animándose, contestó todos sus argumentos con vehemencia; y con un tono de voz rudo y severo, y una acrimonia que demostraba cierta fiebre interior, sostuvo por tanto tiempo y con tal firmeza la lucha, que nadie dudó ya que habia tomado una resolucion y que estaba decidido á matarse.

Así, pues, apenas hubo terminado su febril monólogo,—los asistentes le escuchaban con la mayor atencion, casi con veneracion, sin atreverse á interrumpirle,—reinó un profundo silencio. Caton comprendió en seguida la causa de él y trató de distraer á sus amigos y desvanecer sus sospechas. Despues, volviendo á traer la conversacion al estado de las cosas en aquel momento, manifestó la inquietud que abrigaba por los que se habian embarcado, y sus temores, no menos vivos, respecto á los que habian emprendido el viaje por tierra á través de un desierto salvaje y sin agua.

Luego, una vez retirados los convidados de fuera, dió con sus amigos su habitual paseo,—su post-comida, como él la llamaba,—comunicando á los capitanes de servicio las órdenes requeridas por las circunstancias. Por fin, se retiró á su habitacion, abra-

zando á su hijo y á cada uno de sus amigos en particular, de un modo mucho mas afectuoso que de costumbre, lo cual aumentó todos los temores que aquellos tenian sobre lo que iba á suceder probablemente durante el resto de la noche.

Una vez acostado, cogió el diálogo de Platon sobre el alma,—*Phedon*,—y despues de haber leído una gran parte, dirigió los ojos hácia la cabecera de la cama.

Allí tenia habitualmente colgada su espada; pero esta no estaba allí.

Llamó á uno de sus esclavos y le preguntó por ella.

El esclavo no contestó y Caton volvió á entregarse á la lectura.

Al cabo de un instante alzó otra vez los ojos, y no viendo al esclavo volvió á llamarlo, sin cólera ni impaciencia.

—Te he preguntado por mi espada, le dijo.

—Sí, mi amo, le contestó el esclavo, pero no sé dónde está.

—Que la busquen y me la traigan, replicó Caton. El esclavo salió.

Trascurrió bastante espacio de tiempo sin que nadie se presentara.

Entonces, por tercera vez, impaciente ya, llamó á sus esclavos, unos tras otros, diciéndoles con arrebato:

—Quiero saber dónde está mi espada, y mando que me la traigan.

Y como no le obedeciesen bastante aprisa, segun sus deseos, dió al que tenia mas inmediato tal puñetazo, que el desgraciado sirviente salió de la habitacion con la cara bañada en sangre.

Al mismo tiempo gritaba Caton:

—Desdichados mis esclavos y mi hijo, que quieren entregarme vivo á mi enemigo!

A aquellos gritos entró su hijo con los filósofos, y se arrojó á su cuello exclamando:

—Padre mio, en nombre de los dioses; querido padre, en nombre de Roma, no te mates!

Pero Caton lo rechazó é incorporándose sobre la cama:

—¿Cuándo, y en qué lugar, dijo con una severa mirada, he dado yo, sin percibirlo, pruebas de locura? ¿Por qué, si me hallo en el mal camino, nadie trata de desengañarme? ¿Y por qué, si estoy en el bueno, impedirme llevar á cabo mi resolucion, quitándome las armas? Y tú, generoso hijo, ¿por qué no haces sujetar á tu padre y amarrarle las manos á la espalda, á fin de que cuando llegue César le halle incapaz de defenderse? Además, ¿necesito acaso una espada para quitarme la vida? No: me basta retener el aliento hasta ahogarme, ó estrellarme el cráneo contra una pared.

A aquellas palabras el jóven no pudo contener el llanto, y temiendo que su padre le reprendiera por ello cual si fuera un crimen, se lanzó fuera de la habitación sollozando.

Los demas circunstantes salieron detras de él.

Solo Demetrio y Apolónides quedaron con Caton, Este entonces, mirándolos con ojos menos severos:

—Y vosotros, les dijo, ¿pretendeis tambien sujetar forzosamente á la existencia á un hombre de mi edad? ¿Y habeis venido á mi lado para guardar silencio, ó teneis algunas buenas razones con que probarme que careciendo ya Caton de otro medio de salvar su vida le es honroso el debérsela á César? Vaya, hablad, convencedme de esa hermosa máxima. Ya os escucho; hacedme cambiar de opinion, pues no deseo otra cosa. Disuadidme de las ideas en que he vivido hasta ahora, á fin de que, mas discreto, me adhiera á César. Aun no he tomado ninguna resolucio;n; no, pero una vez que la tome ereo que seré dueño de llevarla á cabo. Voy á deliberar en cierto modo con vosotros sobre el particular. Hablad sin temor alguno y decid á mi hijo que no trate de alcanzar por la violencia lo que no puede conseguir sino por la persuasion.

Demetrio y Apolónides comprendieron que todo lo que podrian contestar no persuadiria á Caton. Salieron, pues, de la habitacion llorando y le envia-

ron su espada con un niño, con la doble esperanza, sin duda, de que la vista de la juventud en toda su flor, lo desanimaria, y que no pediria á aquel niño lo que hubiera pedido á un hombre hecho, esto es, que lo matara.

El niño fué portador de la espada, sin saber que lo que llevaba era la muerte, y le entregó el arma tan pedida.

Caton la cogió, la desenvainó, pasó el índice por la punta y el pulgar por el filo, y hallando la primera bastante aguzada y el segundo bastante cortante, dijo:

—Ahora soy dueño de mí mismo.

Despues, despidiendo al niño, puso la espada á su lado y se entregó de nuevo á la lectura.

Dos veces entences, dicen, volvió á leer el *Phedon* por completo, y luego se durmió con un sueño tan profundo, que los que velaban á la puerta le oian roncar.

A eso de media noche se despertó y llamó á dos de sus libertos, Cleanto, su médico, y Butas, su hombre de confianza para los negocios políticos.

Envió á este al puerto para asegurarse de que todo el mundo habia partido, con encargo de volver á darle noticia de ello y del estado del tiempo, y en seguida presentó al médico la mano derecha, que te-

nia hinchada á causa del puñetazo que habia dado al esclavo, mandándole que se la vendase.

Cleanto obedeció, y al punto corrió por toda la casa tranquilizando á todo el mundo, contando lo que habia pasado y diciendo:

—Si Caton quisiese morir, como creéis, no me hubiese mandado curarle la mano.

XXXI

Al poco tiempo llegó Butas, y le detuvieron en el vestíbulo para comunicarle la noticia que llenaba de alegría á la casa.

El creyó tambien, como los demas, que no habia ya nada que temer y entró en el aposento de Caton.

—Ah! dijo el filósofo, te esperaba impaciente.

—Héme aquí, contestó Butas.

—¿Has estado en el puerto? ¿Te has informado de lo que te dije?

—Sí.

—Y qué?

—Todos han partido, escepto Craso, que tuvo que despachar algunos negocios y se embarcará dentro de un instante.

—¿Y el tiempo?

—Hace mucho viento; la mar está terrible; es una verdadera tempestad.

—Ay! dijo Caton, pensando en los que se hallaban en el mar.

Luego, pasado un instante:

—Vuelve al puerto, dijo á Butas; vé si ha quedado álguien en tierra, y caso de que necesiten auxilio avísame.

Butas tornó á salir.

A la hora en que los gallos empiezan á cantar, esto es, á eso de la una de la mañana, Caton volvió á dormirse por algunos instantes.

Esperaba el regreso de Butas.

Este regresó y le dijo que los alrededores del puerto estaban enteramente tranquilos.

Entonces Caton, que se habia levantado para recibirlo, le mandó retirarse y cerrar la puerta de la habitacion, volviendo á echarse en la cama como para pasar en ella el resto de la noche.

Pero apenas se hubo cerrado la puerta detrás de Butas, sacó Caton la espada y se la hundió algo mas abajo de las costillas; sin embargo, la hinchazon de la mano y el dolor que experimentaba en ella le impidieron darse un golpe bastante seguro para que la muerte le siguiera instantáneamente.

Luchando contra aquella muerte que no queria acudir y que en su lugar enviaba el dolor, Caton cayó de la cama al suelo, derribando una mesa que le servia para trazar figuras geométricas.

Al ruido que hizo aquel mueble al caer, los esela-

vos, que estaban junto á la puerta, dieron un gran grito.

El hijo y los amigos de Caton corrieron en seguida á su habitacion.

Allí hallaron al filósofo revolcándose en el suelo, todo cubierto de sangre; las entrañas le habian salido casi por completo fuera del cuerpo, y sin embargo, vivia aún, teniendo los ojos enteramente abiertos.

Entonces llamaron con grandes gritos á Cleanto, que se apresuró á acudir.

Mientras tanto, habian levantado á Caton y vuéltolo á colear sobre la cama.

Cleanto examinó la herida: era horrorosa; pero no habia lesion alguna interior, é hizo seña de que tuvieran esperanza; despues hizo entrar las entrañas en el cuerpo y cosió la herida.

Todo aquello se habia efectuado durante un desmayo de Caton.

Pero empezó á volver en sí, y á medida que recobraba los sentidos iba teniendo conciencia de lo ocurrido. Entonces, furioso de ver que vivia aún, rechazó violentamente al médico, abrió la herida, hizo pedazos las entrañas con las manos y espiró.

La noticia de aquella muerte se esparció con espantosa rapidez. En menos tiempo del que hubiera sido preciso para enterar de ello á todos los que vivian bajo el mismo techo, los Trescientos, desperta-

dos en medio de la noche, estaban ya delante de su casa.

Un momento despues, todo el pueblo de Utica estaba reunido allí.

No se oian mas que gritos y clamores confusos. Todos, únánimes, proclamaban á Caton el bienhechor, el salvador, el único hombre libre, el único invencible, y eso en el momento mismo en que se sabia que César se hallaba ya á pocas millas de la ciudad. Pero ni el deseo de adular al vencedor, ni el afan de tratar con él, ni las querellas que los dividian, pudieron debilitar el respeto que les inspiraba Caton. Echaron sobre su cuerpo sus mantos de mas precio, le hicieron exequias espléndidas, y no teniendo tiempo para quemarlo y recoger sus cenizas, lo enterraron á la orilla del mar en el mismo sitio en que en tiempo de Plutarco se veia aún una estatua suya con una espada en la mano. Solo despues de haberle tributado el último homenaje, se ocuparon de su salvacion y la de la ciudad.

Caton tenia cuarenta y ocho años.

Lo que se habia dicho de la proximidad de César era verdad. Sabiendo por los que se le presentaban, que Caton y su hijo se hallaban en Utica, sin parecer dispuestos á abandonarla, juzgó que aquellos hombres de corazon estoico meditaban alguna cosa de que él no podia darse cuenta, y como á pesar de

todo estimaba mucho á Caton, acababa de ordenar que se avanzase lo mas aprisa posible sobre la ciudad cuando fueron á participarle la muerte del filósofo con todos sus pormenores.

César escuchó con visible pesar la narracion de tan terrible agonía. Así que el que se lo referia concluyó su relato, exclamó César:

—Oh, Caton! te tengo envidia de tu muerte, porque tú la has tenido de mi perdon.

Caton dejó á un hijo y una hija. Al hijo lo hemos visto representar un papel sensible, en la muerte de su padre, y aquel papel lleno de dolor, me parece digno de escitar la simpatía para aquel jóven á quien abrumaba un gran nombre.

Ahora, los historiadores le echan en cara una passion con que nadie ha inculpado á su padre: era muy afecto al bello sexo.

Citan como prueba de esta inculpacion su prolongada permanencia en Capadocia, cerca del rey Marfadates su amigo. Aquel monarca Marfadates tenia una mujer hermosísima que se llamaba *Psiquis*, es decir, alma.

Con este motivo decian de él y de Marfadates, el siguiente retruécano: Marfadates y Porcio, dos amigos con una sola alma.

Tambien decian: Caton es noble y generoso; tiene alma régia.

La causa de la rigidez con que se trataba al joven, estribaba en la austeridad de costumbres de su padre.

Ademas, su muerte borró pronto el recuerdo de la ligera mancha con que empañaban su vida, que hubiera querido encontrar en la de Caton.

En Filipo, combatió en compañía de Bruto y de Casio, contra Octavio y Antonio. Viendo que el ejército á que pertenecía estaba derrotado, no quiso huir, ni ocultarse; pero desafiando á los vencedores, reuniendo unos cuantos fugitivos, hizo frente al enemigo y encontró la muerte en la pelea. Octavio y Antonio hicieron justicia al hijo de Caton, alabando su valor y el modo heróico con que murió.

Conocemos tambien á la hija del de Utica; es Porcia, la esposa de Bruto; la que se hirió con una navaja de afeitar para obtener el secreto de su marido; la que tomó parte en la conspiracion y, en fin, la que sabiendo que se habia perdido la batalla de Filipo y que habia muerto su esposo, se asfixió con carbones ardientes.

En cuanto á Estatilio, que habia jurado seguir en todo el ejemplo de Caton, se habia apoderado de la espada del muerto y se disponia á atravesarse el pecho con ella, cuando se lo impidieron los filósofos.

Tambien murió en Filipo con el hijo de Caton.

XXXII

Consideremos un instante el suicidio de Caton, que pasma de admiracion á todos los profesores de historia y que tenemos la desgracia de reducir á la mas simple expresion, es decir, que lo consideramos como un error motivado por exceso de orgullo.

El suicidio de Caton tuvo el defecto de no ser necesario; no podia ser provechoso; nunca el suicidio es útil.

Caton se mató por despecho y sobre todo por causa de disgusto. Aquel fugitivo que llegó hasta las puertas de Utica y que quiere saber de qué modo se valdrá para compartir el mando con Caton, aquel Marco Octavio, es la gota de agua, ó mas bien de heces que hace desbordar la copa demasiado llena. Supóngase á Napoleon envenenado en Fontaine-

bleau; le falta para la posteridad su fabuloso regreso de la isla de Elba y su apoteosis de Santa Elena. Todo se habia perdido en Asia y en Africa, es cierto; pero, sin embargo, todo podia arreglarse aún en España. Toda España estaba por Pompeyo: en otra ocasion habia acogido al fugitivo Sertorio y le habia defendido; acababa de dar hospitalidad á los dos hijos de Pompeyo y á los fugitivos de Thapso. Y quién sabe que si Caton hubiera estado en Munda, en donde César, como él mismo le dijo mas tarde, combatió, no para conseguir la victoria, sino para conservar su vida; quién sabe la suerte que hubiera cabido á César.

En el momento en que Caton se suicidaba, trece legiones en España, grababan en sus escudos el nombre de Pompeyo.

Pero, toquemos aún la famosa cuestion del suicidio entre los romanos. Juba, Petreyo, Metelo y, en fin, Caton, iniciaron esta cuestion; y el rígido Caton pareció darle cierta consagracion que dan los hombres notables á cuanto hacen.

Cien años mas tarde, el suicidio fué una de las plagas de Roma, y dispensó á los emperadores el cuidado de tener verdugos.

Despues del suicidio del cuerpo, vino el suicidio del alma.

La religion cristiana, la que por ventura, nos dis-

pensa de admirar el suicidio de Caton, habia abierto un gran refugio contra el suicidio.—Los conventos.

Así que un hombre llegaba al supremo período de la desdicha, se hacia fraile: este era un medio de abrirse las venas, de asfixiarse, ó de levantarse la tapa de los sesos, sin matarse.

¿Quién asegura que M. de Rancé, encontrando muerta á Madama de Montbazon, no se hubiera ahorcado, ó arrojado por la ventana en lugar de arrojarse en aquella sublime sima que se llama la Trapa?

Plinio, á quien llaman el Antiguo, aun cuando no murió viejo, nació en Verona, en el año 23 de Jesucristo, murió en el año 79 en Pompeya, cuando la erupcion del Vesubio, á la edad de cincuenta y seis años; por consiguiente, Plinio el Antiguo es uno de los hombres que hay que consultar acerca del suicidio, hijo de la fatalidad. Dice lo que sigue:

“El hombre, animal miserable y orgulloso, á quien puede destruir en el vientre de su madre tan solo el olor del pábilo de una lámpara mal apagada; arrojado desnudo sobre la tierra desnuda; como lavado por sus gemidos y su llanto, las lágrimas son uno de sus privilegios. La risa no se le concede antes de cuarenta dias. No siente la vida sino por medio de suplicios y su único crimen es haber nacido. Solo

entre todos los animales, no tiene mas instinto que el de llorar. Solo él conoce la ambicion, la supersticion, la inquietud causada por la amenaza de la muerte, y la preocupacion de lo que habrá despues de él. No hay animal cuya vida esté mas débil ni mas espuesta, que tenga los deseos mas vivos, cuyo temor sea mas intenso, cuya rabia esté mas furiosa; el mas pequeño de sus dolores no tiene comparacion con la mayor de sus alegrías. Su vida, ya tan corta, queda abreviada por el sueño que devora la mitad de ella; por la noche sin sueño que es un verdadero suplicio; por la infancia que vive sin pensar; por la vejez que no vive sino para padecer; por los temores, las enfermedades, los achaques; y aquella brevedad de la vida, es, sin embargo, el mayor de los dones que la naturaleza le haya concedido. Sin embargo, el hombre quisiera vivir mas, la pasion de ser inmortal le atormenta; cree que tiene alma; espera otra vida; adora á los Manes; cuida de los restos de su semejante. ¡Ensueño infantil! Si se sobrevive á sí mismo, nunca habrá descanso para él. *El mayor bien de la vida, la muerte pronta é imperiosa*, nos seria arrebatado, ó bien se nos haria cruel, ya que no haria mas que conducirnos á nuevos dolores; privados del bien supremo que seria el de no nacer, no nos quedaria el único consuelo que pueda dársenos: el de volver á la nada. *No, el hombre vuelve al lugar*

de donde salió: es despues de la muerte lo que era antes de nacer."

¿Hay algo de mas desesperante y mas propenso al suicidio que la moral de Plinio acerca de la nada?

¿Cuán lejos de eso está el dulce consuelo de la religion cristiana prometiéndonos otra vida! — Cuán lejos está la condenacion del suicidio, reasumida en un verso de Shakespeare:

Unico crimen sin perdon, no teniendo arrepentimiento.

Plinio añade: "El culto de la Muerte era el mas invocado de todos los dioses."

Efectivamente, aquel culto se hizo universal.

Los suicidas tienen eternamente en boca los nombres de Caton y de Bruto, y con aquellos dos nombres, como á dos columnas de mármol negro, sellan ambas hojas de la puerta del abismo sin fondo que visitó Virgilio veinte años antes que ellos, y que debe visitar Dante mil doscientos años despues.

Existia en la muerte de los antiguos una funesta voluptuosidad que hacia que se precipitasen con ardor fuera de una vida en la que el placer estaba sin pasion y sin alegría.

De modo que, veanse á los emperadores que todo lo pueden: — ¿En qué se entretienen, salvo algunas pocas escepciones? En cabar el abismo de locura y depravacion en el que se sumergian. Al mismo tiem-

po que Heliogábalo está preparando el suicidio de su cuerpo haciendo tejer un lazo de seda color de púrpura para estrangularse, haciendo empedrar un patio con pórfido para romperse la cabeza cayendo sobre ello, haciendo barrenar una esmeralda para que en el hueco se encierre un veneno activo, mataba su alma revolcándose en la disipación y en la sangre.

Si adoptamos tan horrible conclusion de Plinio y si los romanos la hubieran adoptado, si la muerte fuera el supremo bien y la vida el extremo dolor, ¿por qué hemos de vivir, ya que podemos morir tan fácilmente? Por esto, según dice Plinio, el suicidio es el consuelo de Roma, y *desgraciados de los dioses inmortales*, esclama, *que no tienen contra la desdicha aquel supremo recurso que el hombre tiene en su mano.*

Es verdad que á su vez Lucano le apoya, ó mas bien, el se apoya en Lucano; aquel Lucano que niega la Providencia, que dice que todo se hace por la casualidad y considera á la muerte como un tan gran bien, y hace de la muerte la recompensa de los hombres virtuosos.

Mors utinam pavidos vita subducere nolles,
Sed virtus te sola daret!

La muerte que tanto decanta, no por lo que libera la vida del cautiverio terrestre del cuerpo sino porque adormece la parte inteligente del hombre, no

porque conduce á su sombra á los campos Elíseos, porque apaga la llama de su pensamiento en el apático descanso del literato.

Y Séneca, no menos desesperante que Plinio y Lucano con su frase *ex nihilo nihil*, dice:

“De la nada, nada; todo vuelve á la nada de donde salió. Me preguntais á dónde van á parar las cosas creadas: van adonde van las cosas no creadas. *Ubi non nata jacent.*”

Seguramente que no piensa de este modo el Cisne de Mantua, Virgilio el cantor de los pastos, de los campos y de los generales, el poeta precursor. Esclama en sus Geórgicas:

—*Dichoso aquel que conoció el origen de las cosas, y que arrojó bajo sus piés el estrépito del avaro Aqueronte.*

Después, cuando ve de lejos á los suicidas y los contempla tan cruelmente castigados, *que quisieran en el mismo cielo sufrir la cruel pobreza y sufrir los duros trabajos de la tierra.*

Quam vellent æthere in alto
Nunc et pauperiem et duros perferre labores.

¿De qué suicidas queria hablar Virgilio á no ser de Catón y de Bruto?

Vease el inmenso paso que ha dado el ateísmo entre Virgilio y Lucano, es decir en el espacio de me-

dio siglo; entre Virgilio, que habiendo entrevisto la luz eterna quiere conocer las causas de las cosas, está constantemente atormentado por el estrépito de aquel avariento Aqueronte que corre debajo de sus piés, que impone á los suicidas tales tormentos, que quisieran volver á la tierra, aunque con la condicion de cargar con el peso del dolor; y Lucano que hace del suicidio la suprema virtud, que en recuerdo de la muerte de Petreyo y Juba, en su combate supremo, manifiesta á los dos frenéticos que se están convidando con el encanto de un asesinato mútuo, reciben estocadas y cuchilladas con la mayor ventura y los devuelven con gratitud.

— Debeo aquel que conoce el origen de las cosas
Et cum cui vulnera prima
Debebat grato moriens interficit ietu

Por esto el suicida Caton le inspiró su mas hermoso verso:

Causa diis victrix placuit, sed vincta Catoni.

La causa vencedora plugo á los dioses, mas la causa vencida plugo á Caton.

XXXIII

De modo que durante los emperadores, el suicidio vino á ser el gran remedio de todos los males, el cúralo—todo de todos los dolores: fué el consuelo del pobre, la venganza del proscrito harto de su cautiverio, la fuga del alma de su prision.

Fué el remedio universal hasta para el hastío, y la saciedad del rico.

El hombre del pueblo carecia de pan; qué hacia? preguntádselo á Horacio: envolvía su cabeza en su capa desgarrada, y desde lo alto del puente Fabricio se arrojaba al Tíber.

El gladiador no encontraba la muerte en el circo con la prontitud que esperaba: qué hacia? preguntádselo á Séneca: mete la cabeza entre las llantas del